

Cortando por un lado dejamos á la izquierda la laguna, que así le llaman á aquel departamento, y después de un corto tiempo llegamos á un espaciosísimo salón, cuya magnitud apenas se comprende por la multitud de estalagmitas altas y esbeltas que en agradable confusión se encuentran profusamente diseminadas por todo aquel lugar. Realmente, después de haber pasado el trayecto de la laguna y los pasadizos que conducen á él, que se encuentran sin grandes atractivos, es aquí en donde se vuelve á experimentar un sentimiento de admiración al contemplar altísimas columnas que simulan tallos de palmeros y cuyas cúspides no se distinguen por estar hundidas en las profundas tinieblas que ni aun los cohetes de luz alcanzan á disipar.

Pequeñísimos nos sentíamos ante aquellas grandes moles, perdidos entre columnas majestuosas cuya masa apenas acertábamos á comprender, y debemos haber sentido una emoción semejante á la de la pequeña hormiga que con sus débiles esfuerzos tiene que escalar grandes peñas, montañas enteras, perdida en la inmensidad relativa del camino que recorre. Con paso lento y volviendo los ojos á todos lados recorríamos aquel salón, sintiéndonos todos los de la comitiva, no obstante ser tantos, como solos, pues las largas horas de camino, la igualdad en las fatigas é impresiones nos había unido de tal suerte que ya después casi pensábamos lo mismo, exclamábamos igual y discerníamos de la misma manera, unificándonos de tal suerte que á pesar de ser más de treinta nos sentíamos como uno sólo, de suerte que cuando tropezamos con una enorme piedra sobre la que había grabada una inscripción, no pudimos menos que sentir gran desahogo al comprender que ya por allí habían recorrido otras personas y como sintiéndonos acompañados por sus nombres todos inmediatamente nos apresuramos á leer lo que contenían aquellas letras que grabadas á cincel y encerradas en un cuadro hecho de la misma manera, contienen los nombres de los profesores de la Academia de Bellas Artes que visitaron la gruta el día 25 de Enero de 1846. Entre los diversos nombres que contiene la inscripción recordamos los de Vilar, Clavé, Tangassi, Landesio y otros.

Después de haber leído aquella inscripción, quiso el Dr. Altamirano que dejáramos también un recuerdo de nuestra visita y se comisionó al Sr. D. Adolfo Tenorio para que grabara sobre la misma piedra una sencilla inscripción que quedó así:

INSTITUTO MÉDICO NACIONAL.

1892.

Aparte de esa inscripción cada uno de nosotros quiso dejar estampado sobre las rocas un recuerdo, de suerte que hubo un momento que casi todos estábamos entretenidos y silenciosos escribiendo sobre la piedra nuestros nombres ó el de las personas de nuestro mayor afecto. Un poco solemne se presentaba entonces la escena, encontrándonos diseminados, y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo los pausados golpes del martillo con que el Sr. Tenorio grababa su inscripción, perdiéndose sus ecos muy á lo lejos después de haber repercutido en todas las anfractuosidades del gran salón. Tratamos después de sacar unas fotografías de las inscripciones, todo lo cual vino á ayudar para que permaneciendo en aquel lugar algunos minutos, hiciéramos un ligero descanso que cada vez se hacía más necesario. Después de unos momentos de reposo seguimos nuestro camino por entre enormes peñascos todos cubiertos de cristalizaciones y que deben haberse desprendido de la parte alta hace ya bastante tiempo, pues una capa gruesa y unida de caliza los cubre á todos ellos, formando una sola con la que igualmente se extiende por el suelo; durante todo este trayecto que es bastante sinuoso y accidentado se van dejando á derecha é izquierda enormes estalagmitas que cada vez van agrupándose más hasta formar grandes obstáculos que casi cierran el paso, hasta llegar á un lugar donde por su agrupación y dimensiones parecen formar el límite de la caverna; este punto es otro en el que generalmente se detienen los excursionistas, ya sea porque



á los guías no les place conducirlos más allá, ó porque ellos retrocedan, debido al cansancio y dificultades con que se logra llegar hasta él. Este departamento lleva el nombre del imperial por ser hasta el que llegó la Emperatriz Carlota. Y en efecto, á pocos pasos de donde estábamos uno de los guías nos llamó la atención para que viéramos sobre una gran roca que se halla á la izquierda la inscripción dejada por la que fué Emperatriz. Las letras están trazadas con carbón, son bastante grandes, pero la humedad y las incrustaciones nuevas las están haciendo desaparecer; en ellas sólo pudimos leer con dificultad estas palabras: «Hasta aquí se adelantó su majestad Adelaida Carlota;» sin haber podido descifrar ni la fecha ni otras palabras que se encuentran totalmente perdidas.

Es inútil recordar aquí las muchas reflexiones que trajo á nuestra imaginación el ver aquellas letras; hubo un momento en que olvidándonos de nuestra situación y sin recordar que estábamos en el centro de las montañas, pasó ante nuestros ojos toda la historia de aquella mujer; vimos á Miramar, al Vaticano; recordamos los episodios sobresalientes del imperio; contemplamos después el Cerro de las Campanas; y por último, nos pareció ver la figura de Carlota, vagando sin sentido por los salones de Bucarest, como segunda víctima de uno de los períodos de las evoluciones de un pueblo.

Mucho tiempo hubiéramos permanecido en aquellas reflexiones, si la voz de los compañeros no nos hubiera anunciado que debíamos seguir adelante.

Reorganizamos la comitiva y nos pusimos en marcha atravesando pasadizos verdaderamente estrechos en los que había puntos por los cuales con dificultad cabía una persona. Cortos momentos seguimos esa marcha, pues á poco andar se amplió de nuevo nuestro camino y al salir de una anfractuosidad por donde con dificultad podíamos pasar, repentinamente nos hallamos en un amplísimo salón al cual los guías le dan el nombre de salón de los órganos.

Difícil sería poder expresar la impresión tan grata que nos

causó el encontrarnos en este salón que como se sabe es el término de la caverna, pues más allá no hay sino grietas angostas é irregulares por las que es materialmente imposible penetrar; á esta satisfacción se añadía el que veíamos el término de nuestro viaje, pues ya las fuerzas nos faltaban y comenzábamos á sentir imperiosa necesidad. No admiramos por lo pronto las maravillas que contiene este salón, sino que nos colocamos sobre unas piedras para tomar descanso mientras se abrían las cajas de los cohetes y fanales que ya iban á comenzar á prender; repartimos algunos de estos entre varios de los hombres que nos acompañaban con el carácter de encendedores y nos dispusimos á contemplar el efecto que aquellas luces producían al rasgar con sus rayos las profundas tinieblas de aquel abismo; se alejaron de nosotros los encendedores y algunos momentos estuvimos con la incertidumbre de dónde irían á colocarse, hasta que repentinamente y cuando menos lo esperábamos una pequeña explosión se dejó oír, seguida inmediatamente de un vivo resplandor rojizo que inundó de luz aquellas bóvedas; volvimos la cara hacia el punto de donde partían aquellos rayos y un espectáculo soberbio se presentó á nuestras miradas: sobre grandes y blancas aglomeraciones de caliza teñidas de rojo por la luz, se levantaba la figura de un hombre con un hachón en la mano y envuelta en humo denso, empequeñecida su figura por lo colossal de las columnas y formaciones calizas; lo veíamos como una imagen del ángel exterminador que se presentaba en la puerta de sus dominios; todo es ilusorio en esta caverna, todo provoca grandes impresiones, y cualquier episodio queda revestido de cierta solemnidad y grandeza que llenan al visitante de admiración. Con las luces de los fanales pudimos contemplar las mil y mil maravillas que contiene aquel salón, la grandiosidad en las formas y dimensiones de las estalagmitas y demás formaciones y la distribución caprichosa y fantástica en que se hallan colocadas.

El lugar donde nosotros nos habíamos instalado es pedregoso é irregular, pero va elevándose para formar una prominencia



que corresponde á uno de los límites del salón y sobre la cual se levantan hasta cincuenta metros de altura tubos de blanquísima caliza que por sus formas recuerdan las bocinas de los órganos, y que uniéndose entre sí forman una robusta columna de algunos metros de diámetro que cual tabernáculo ó santuario, rodeada de galerías circulares sobrepuestas y cubiertas á los ojos del observador por riquísimos é incomprensibles cortinajes, formando todo un conjunto cuya belleza y hermosura supera á toda descripción y que sólo se puede comprender cuando se le está mirando.

Los guías que nos acompañaban como ya dijimos antes, procuraban hacernos experimentar las diversas emociones de que se puede gozar en aquellos lugares, de suerte que alumbraban con los fanales en sitios donde causara mejor efecto la luz ó donde provocara mejores ilusiones, y así internándose por entre los tubos y cortinajes que dejamos descritos, nos dejaban casi en la obscuridad, pudiendo sólo percibir los rayos que se escapaban por entre los espacios de los cortinajes, presentándonos entonces el aspecto de un edificio alumbrado por el interior; en aquellos mismos momentos herían además con pequeñas piedras los tubos que estaban suspendidos del techo y que tienen la propiedad de producir sonidos muy semejantes á las voces de los órganos. Aquellos ecos sonoros y graves que con pulsaciones se difundían por la caverna perdiéndose en su inmensidad, aquella luz rojiza que débilmente permitía contemplar los objetos, proyectando grandes y confusas sombras, y por último, el aspecto de la comitiva perdida en aquel dédalo sin fin, contribuían poderosamente para hacernos creer que nos hallábamos trasportados á otro mundo, á otras regiones desconocidas; algunos momentos permanecemos silenciosos contemplando aquel espectáculo, gozando con todos nuestros sentidos y no pudimos menos que dar gracias á Dios por habernos dotado de grande amor por lo bello y lo sublime.

Entonces pudo haberse observado en el rostro de nuestros compañeros las múltiples emociones que experimentaban, no

obstante que en ellos se podía reconocer también el cansancio y la fatiga por las huellas que había dejado el copioso sudor que corría de sus frentes.

Después de haber hecho encender luces de diversos colores para gozar de los distintos aspectos que presentaba la caverna alumbrada con vivos rayos rojos, con rayos lívidos de color verde ó con los blancos que hacían brillar las cristalizaciones, nos ocupamos en recorrer con espacio el salón, viendo detenidamente sus adornos, la caprichosa distribución de las rocas y estalagmitas y en fin todo lo que llamaba nuestra atención; los naturalistas por su parte comenzaron á buscar y colectaron varios ejemplares de insectos, así como unos pequeños hongos que se forman sobre las gotas de cera que han caído sobre las rocas del piso en excursiones anteriores.

Nosotros por nuestra parte pudimos observar en aquellos puntos donde la roca está libre de incrustaciones, que los mantos de caliza tienen una muy corta inclinación respecto al horizonte, presentando una estratificación concordante. Después que concluimos nuestras observaciones nos reunimos á los demás excursionistas para comunicarnos nuestras impresiones; todos entusiasmados las manifestábamos de distinta manera; quién en aquellos momentos ensalzaba la grandeza de las obras del Supremo Creador; quién admiraba la sencilla á la par que imponente armonía de las leyes naturales que rigen al universo; cuál otro evocaba recuerdos tristes avivados en medio de aquella soledad.

Una vez que nos dimos por satisfechos en la contemplación de este último salón, reorganizamos la comitiva y emprendimos de nuevo la marcha.

Vimos entonces la hora para formarnos idea del tiempo que habíamos empleado en llegar y poder estimar el que íbamos á hacer para regresar, notando entonces que la mayor parte de nosotros habíamos perdido por completo la noción del tiempo, pues nunca nos imaginábamos que pudiera ser la hora que señalaba nuestro reloj, al grado que creyéndolo parado ó descom-



puesto, lo llevábamos varias veces al oído, y por último lo comparamos con los de los demás que marcaban aproximadamente las nueve y treinta de la mañana. Como habíamos salido de las costumbres habituales de dormir á ciertas horas y distribuir los alimentos á otras, no teníamos puntos de referencia y no sólo la hora se nos olvidaba, sino hasta la fecha en que estábamos, y no fué sino después de un buen rato cuando acertamos con ella, recordando que era 4 de Enero el día en que habíamos tenido el gran placer de penetrar á lo más profundo de la caverna de Cacahuamilpa.

Regresamos recorriendo los mismos lugares por donde habíamos venido y organizados de la misma manera, deteniéndonos tan sólo algunos momentos en cada uno de los salones y parajes dignos de importancia, para poderlos contemplar bajo la acción de la luz de nuestros fanales y cohetes. No obstante estas cortas paradas, regresábamos más rápidamente de como habíamos entrado, atravesando por muchos puntos sin volver á fijar en ellos nuestra atención, pues comenzó á predominar en todos el deseo de salir cuanto antes á fin de descansar y tomar algún alimento para satisfacer no sólo la necesidad que ya era imperiosa, sino mitigar el estado de debilidad en que se encontraban algunos de los compañeros.

Muchos de aquellos salones y pasadizos los recorrimos ya sin saber ni cómo y casi arrastrando los piés, habiendo habido puntos en que reuniéndose á la dificultad que experimentábamos para andar, lo pedregoso é irregular del piso ocasionaba el que muchos sufrieran caídas que aunque sin consecuencias nos obligaban á andar con precaución. En varias ocasiones pudimos apreciar entonces los servicios de nuestro mozo Mónico, que iba por delante alumbrándonos el piso y buscando los mejores pasos para indicarnos la manera de pasar, evitándonos el trabajo de llevar nosotros mismos la vela y dejándonos así libres para podernos dedicar exclusivamente al cuidado de nuestra compañera la Srita. María, que no obstante su agilidad y destreza algunas ocasiones estuvo á punto de caer.

Curioso era observar en aquellos momentos la fisonomía de nuestros compañeros, en la que se pintaba la mayor fatiga, realzándose más por la lividez del alumbrado, por las pupilas dilatadas para ver mejor en la obscuridad y el desaliento que en algunos se dejaba sentir. Marchábamos silenciosos de aquella manera cuando repentinamente notamos una luz que se movía muy á lo lejos, como en la dirección que debíamos llevar; poco después apareció otra que con la primera se movían de un lado para otro sin que nosotros comprendiéramos cuál sería su origen. Por lo pronto imaginamos que algunos nuevos excursionistas venían hacia nosotros, después pensamos que vendrían algunas gentes del pueblo en nuestra busca y aun llegamos á suponer que podrían ser malhechores que trataran de sorprendernos en medio de la caverna. No obstante esa incertidumbre seguimos avanzando hacia donde veíamos las luces, las cuales también se movían como para venir en nuestro encuentro, acortándose así rápidamente la distancia que nos separaba, al grado que pudimos distinguir dos ó tres hombres que se dirigían á nosotros. Por fin pocos momentos trascurrieron y nos encontramos nada menos que con D. Crescencio. Nos saludó afectuosamente y una vez que nos hallábamos reunidos todos, con su voz lenta y como sin darle importancia nos anunció que nos traía un poquito de café, enseñándonos á la vez unos grandes canastos de pan que había hecho llevar y unas grandes ollas de las que se escapaban vapores saturados con las esencias del néctar de las Antillas.

Oír aquella invitación, ver el pan y arrojarnos sobre él todo fué uno, manifestándose entonces en varios de los compañeros excesos de alegría que verdaderamente nos hacían reír. Recordamos que el Sr. García con su carácter alegre y siempre festivo, venía no obstante taciturno y agobiado; pero tan luego como se vió en presencia de una gran torta de pan que contemplaba entre sus manos como para cerciorarse que era verdad, no pudo contener los ímpetus de su alegría y sentándose en el suelo agitaba las manos y los piés gritando y palmoteando.



Todos nos esforzábamos en alabar el café y dar las gracias al buen D. Crescencio con más ó menos dificultad porque en aquellos momentos nos faltaba boca para comer; pero él comprendiendo el ayuno en que habíamos estado y lo oportuno de su oferta, se concretaba á sonreirse y ofrecernos á cada uno nuevas tazas de café. En pocos momentos hicimos desaparecer todo lo que había llevado; pero en cambio nos sentíamos satisfechos y nos encontrábamos con nuestras fuerzas completas para proseguir la marcha.

Pocos episodios y de escasa importancia se presentaron después, á no ser que habiéndonos llevado los guías por camino distinto en parte del que habíamos seguido á la entrada, no volvíamos á pasar por algunos puntos como por el del agua bendita, lo que originó que algunos compañeros se separaran para tratar de encontrar dicho lugar á fin de poder abastecerse de agua; temiendo como era natural que se extraviaran, detuvimos la marcha y estuvimos esperándolos, á la vez que con silbidos y voces les hacíamos señales para que supieran dónde nos encontrábamos. Casi nada duraron en sus pesquisas y pronto los vimos aparecer para reunirse con toda la comitiva. Caminábamos ya con más tranquilidad embelesados y admirando las bellezas sin número que á cada paso se nos presentaban, pudiendo además emprender con uno de los guías sabrosa plática sobre las preocupaciones que tiene, respecto á la caverna, la gente de aquel lugar, pues la creen habitada por un genio maléfico que siempre procura algún mal á los que osan entrar. El hombre que nos refería esto no parece nada vulgar y no sólo criticaba con nosotros las creencias de sus paisanos, sino que eludiendo aquella plática se puso mejor á referirnos detalles de algunas de las caravanas de excursionistas que él había guiado para la exploración de la caverna. Recordaba según nos dijo en la que fué D. Sebastián Lerdo de Tejada acompañado de numeroso séquito, de la cual nos refirió entre otros casos, que un señor de los acompañantes les había dirigido á sus compañeros un discurso desde lo alto de uno de los monumentos que se levantan

en el salón del Panteón, cuya persona según hemos podido averiguar después, fué D. Joaquín Alcalde. Nos refirió también haber acompañado á la comitiva que en 1878 acompañó al general D. Carlos Pacheco y en 1879 á la comisión científica que fué enviada por el Ministerio de Fomento, y por último estuvo recordando la visita que hicieron los alumnos del Colegio Militar. Con motivo de esta conversación tuvimos después deseos de averiguar cuáles eran las principales excursiones que se habían hecho á la caverna y afortunadamente encontramos ese dato en la Geografía del Estado de Morelos; escrita por el Sr. Robelo y que á la sazón llevábamos; en ella se puede ver que las excursiones principales han sido:

En Abril de 1835, expedición exploradora compuesta de los Sres. Barón Gros, Secretario de la Legación Francesa en México, D. Manuel Velázquez de la Cadena, Barón Reue Pedreaville y D. Ignacio Serrano.

En 1837, D. Mariano Galván, autor de los calendarios.

En 1850, los profesores de la Academia de San Carlos.

En 1855, el Presidente de la República D. Ignacio Comonfort.

En 1865, la Emperatriz Carlota. Al salir de la caverna tuvo la noticia de la muerte de su padre Leopoldo, rey de los Belgas.

En 1869, el general D. Pedro Baranda, primer Gobernador del Estado de Morelos.

En Febrero de 1874, el Presidente de la República Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada.

En 1878, Sr. general Carlos Pacheco.

En 1879, Comisión nombrada por el Ministerio de Fomento.

Además deben agregarse las que han hecho varios extranjeros, principalmente alemanes, y la que en 1887 organizó el Colegio Militar.

Compartíamos amigablemente con nuestro guía, cuando repentinamente nos hicieron detener el paso y nos obligaron á apagar las bujías; por lo pronto quedamos en la más profunda obscuridad, sin percibir más que esos destellos fugaces que con-



serva la retina por algunos momentos y que pasando por todos los colores del prisma, concluyen por desaparecer para dejar reinar á las tinieblas. No comprendíamos por lo pronto cuál era su objeto, hasta que uno de ellos alzando la voz nos anunció que nos hallábamos en el salón de la aurora; en efecto, es hasta este punto á donde alcanzan las últimas vibraciones luminosas de las que penetran por la boca de la caverna.

Por lo pronto no percibíamos nada á pesar que con nuestras miradas queríamos sondear aquel espacio en todas direcciones, hasta que al último indicándonos los guías la dirección, distinguimos un debilísimo resplandor que como gases ligeramente fosforescentes parecían vagar por las bóvedas de la caverna. Profunda emoción experimentamos entonces, pues veíamos aunque apenas de nuevo los rayos del sol que por contraste con la luz amarillenta de las bujías entre las que habíamos estado durante horas enteras, se nos presentaba con un color azulado que recreaba por completo nuestras miradas.

A medida que avanzábamos iba aumentando aquel fulgor, como si el aire se hiciera luminoso, pero con tanta lentitud y tintes azulados tan hermosos, que más bien que luz parecía un girón del cielo que se extendía debajo de las rocas; en aquellos momentos dejamos que los compañeros se adelantaran quedándonos atrás por consejo del guía y entonces pudimos gozar de uno de los espectáculos más fantásticos y hermosos de los que podamos haber visto.

Contemplábamos á nuestros compañeros desfilando envueltos en aquella bruma luminosa que sólo permitía se distinguieran vagas siluetas que sin punto de apoyo aparente parecían cuerpos que flotaban por la atmósfera. No pudimos menos que recordar algunos de los cuadros de Gustavo Doré, como en los que pinta almas que suben al cielo, á los isrealitas guiados por los destellos de la columna de fuego, ó á los Reyes Magos cuyo camino estaba envuelto por las emisiones luminosas del astro que los guiaba. No bien habíamos acabado de contemplar aquel cuadro, cuando proseguimos nuestro camino con verda-

dera ansia para por fin poder ver los rayos del sol; á cada paso que avanzábamos aumentaban aquellos destellos que ya no como fosforescencia sino como pálida luz comenzaban á teñir ligeramente uno que otro picacho de los que sobresalían en las anfractuosidades de las rocas, hasta que hubo un momento en que la claridad fué suficiente para alumbrarnos el piso, lo que nos permitió apresurar más el paso y llegar á un pequeño recodo que forma la caverna al cual hay que rodear para poder seguir. Llegamos á él, volteamos á la derecha y repentinamente, cuando aun no lo esperábamos, nos encontramos con la boca de la gruta; de casi todos á un tiempo se escapó un ¡ah! prolongado, á la vez que admirados permanecíamos inmóviles como fascinados por el panorama que se presentaba á nuestra vista. Las peñas y rocas que forman el gran arco que sirve de entrada, limitaban un marco dentro del cual se hallaba un espléndido paisaje: muy lejos y como envuelto en tenue calina se destacaba majestuoso el pico del Popocatepetl con su cima cubierta de blanquísima nieve y rodeado de pequeñas nubecillas que flotaban en el azul purísimo del cielo; un poco más cerca se presentaba un valle cubierto de verdura é interrumpido por lomeríos y picachos formando una agradable perspectiva en la que se hallaban todos los colores. Desde el esmeralda brillante, que formaba grupos de lozana vegetación, hasta los tintes de cepia y ocre con los cuales estaban revestidos los pequeños accidentes del terreno por entre los cuales se deslizaba un plateado arroyuelo, y por último, sirviendo de primer término á este espléndido paisaje, se hallaban las primeras rocas de la caverna, las primeras estalactitas que forman el arco entre el primer y segundo salón. Tan agradables colores, tan múltiples juegos de luz y distribución tan pintoresca se presentaba á nuestra vista con mucha mayor intensidad por acabar de salir de la luz de la cera, de la luz rojiza de los fanales ó de los rayos lívidos del magnesio. Pero á pesar de eso no lo veíamos perfectamente claro y quizá podríamos dar una idea de cómo se nos presentaba aquel paisaje, recordando el aspecto de las vistas proyectadas por una gran linterna mágica.